

Formaciones imaginarias e ideológicas. Aproximaciones para el análisis discursivo de subjetividades políticas.

Eje temático: Comunicación y Política

Autoras

María Laura Schaufler

Leila Martina Passerino

mlaura31@hotmail.com; leilapasse@hotmail.com

Resumen

Esta ponencia se enmarca en el Proyecto de Investigación y Desarrollo “Cultura, política y subjetividad: un estudio de caso” –PID N° 3132 UNER-, dirigido por Sergio Caletti y co-dirigido por Carina Muñoz destinado, en términos amplios, a analizar las matrices culturales implicadas en las identificaciones políticas construidas a partir del llamado “Conflicto del Campo” en 2008.

Con la intención de abordar la dimensión afectiva en el discurso de personas que han tenido o tienen un vínculo significativo con “el campo” (productores, prestadores de servicio y trabajadores rurales de las provincias de Santa Fe y Entre Ríos), esta ponencia analiza huellas discursivas que funcionan como indicios de las identificaciones imaginarias que participan en la constitución e intervención política de los sujetos y que encuentran su argamasa en el tejido cultural de una comunidad.

Para este cometido utilizaremos el enfoque de análisis del discurso propuesto por Michel Pêcheux, que desde los aportes del psicoanálisis, la lingüística y el marxismo, nos permite trabajar las articulaciones entre discurso, ideología e imaginario. Desde este marco teórico-metodológico abordaremos el análisis de las entrevistas realizadas, teniendo en

cuenta las formaciones imaginarias e ideológicas que han dado lugar a tomas de posición y que pueden ser comprendidas en relación a determinadas formaciones discursivas.

Asimismo, buscaremos identificar a partir de la noción de melancolía (Freud, 1917), algunas huellas de tales formaciones imaginarias e ideológicas, donde se inscriben los sujetos entrevistados, intentando acercarnos a la dimensión afectiva de los discursos –y no tan sólo los derroteros enunciativos ligados a la racionalidad.

Identificaciones: huellas discursivas de la dimensión imaginaria

Las formaciones discursivas con las que trabajaremos cobraron especial publicidad desde el llamado “Conflicto del Campo” en 2008, erigiéndose como una posición de enunciación política y dando visibilidad a un lugar de inscripción cultural. Lejos de ser homogéneas, estas formaciones –como cualquier otra- están plagadas de contradicciones -desde la mirada analítica de Michel Pêcheux (1978)-, con secuencias discursivas que bien podrían funcionar desde otros lugares de enunciación política.¹

Siguiendo la perspectiva de análisis de los discursos propuesta por Pêcheux entedemos que tales formaciones discursivas se ligan a formaciones ideológicas e imaginarias. Mientras la dimensión de lo ideológico se asocia a las operaciones de borrado de las huellas de construcción discursiva y semiótica, bajo el disfraz de una percepción directa de la realidad; las formaciones imaginarias que aquí nos interesan especialmente se relacionan a los procesos de subjetivación e identificación en los cuales los sujetos se refieren a sí mismos y se autorreconocen siempre frente a un otro. Es imaginario el lugar en que uno cree reconocerse a sí mismo y el lugar que otorga al otro. En palabras de Pêcheux, las formaciones imaginarias designan la imagen que nos hacemos de nuestro propio lugar y del lugar del otro.

Según el autor estas formaciones se relacionan con procesos discursivos anteriores (que surgen de otras condiciones de producción) que han dejado de funcionar, pero han dado nacimiento a ‘tomas de posición’ implícitas. Esto supone, además, que todo discurso se inscribe en el interior de una relación de fuerza y ocupa un cierto lugar en una formación social dada.

¹ Para Foucault (1976) esto responde a la polivalencia táctica de los discursos: las mismas secuencias discursivas pueden servir para distintas estrategias. Se trata, así, de “desplazamientos y reutilizaciones de fórmulas idénticas para objetivos opuestos” (Foucault, 2008: 97), entendiéndolos como “una multiplicidad de elementos discursivos que pueden actuar en estrategias diferentes.” (Foucault, 2008: 97).

Mientras las operaciones de corte ideológico ocultan las huellas de la producción semiótica, la instancia de lo imaginario se vincula a la toma de posición, la imagen de sí y del otro. En el plano de los procesos históricos concretos, las formaciones discursivas, ideológicas e imaginarias forman un entramado, un suelo, para pensar las identificaciones culturales y políticas.

El problema de la identificación se relaciona con la cuestión del sujeto. Desde esta perspectiva, son las formaciones discursivas, ideológicas e imaginarias las que determinan en un sujeto un sistema de representaciones, conscientes o no. Sin embargo, el sujeto ilusiona ser el productor autónomo y autodeterminado de su producción semiótica, la fuente de sentido, el autor de todo lo que enuncia, ignorando las relaciones de determinación inversas. Así lo explica Sergio Caletti (2009): “No cabe pensar, entonces, al sujeto de manera puramente empírica, sino que se trata, más bien de una subjetividad social en la cual pueden cohabitar distintas tramas de sentido. El sujeto lo es en relación a una subjetividad social que necesariamente lo excede, y por su intermedio. Es legítimo concebir la construcción histórico-social de la subjetividad y, por lo mismo, la existencia de una *subjetividad social*, concibiendo en tanto que *sujeto* a los colectivos identitarios que intervienen como tales en los procesos históricos”. (Caletti, 2009: 81)

En este trabajo nos proponemos analizar la relación que enlaza los discursos sociales con la constitución de las representaciones de un sujeto situado en un lugar determinado dentro de la estructura de una formación imaginaria e ideológica. A través de una inmersión exploratoria en el análisis de las entrevistas realizadas a sujetos que han tenido o tienen una relación significativa con “el campo” en la provincia de Santa Fe y la de Entre Ríos, abordaremos algunos indicios discursivos que funcionan como huellas de la dimensión imaginaria de las identificaciones.

Analizaremos, por un lado, la construcción imaginaria que los entrevistados hacen del lugar de sí mismos y del otro, es decir, la configuración de la propia identidad a partir de la diferencia. Desde la perspectiva de Pêcheux esto tiene relación con lo no dicho, es decir

con los discursos a los cuales un discurso está respondiendo sin que éstos sean enunciados explícitamente. Las formaciones imaginarias sostienen a nivel discursivo muchas contradicciones que consideramos que se asientan en un terreno afectivo. Por otro lado, desde una perspectiva psicoanalítica –freudiana- rastreamos las huellas imaginarias y afectivas a partir del concepto de melancolía.

El campo como “forma de vida”

Para este análisis exploratorio seleccionamos algunas de las entrevistas realizadas en las provincias de Entre Ríos y Santa Fe, a fin de rastrear, a través de huellas discursivas, la dimensión imaginaria y afectiva que sostiene las identificaciones políticas y culturales con “el campo”. Los extractos que trabajaremos provienen de propietarios, trabajadores rurales y prestadores de servicios asociados a la actividad.

“El sistema de vida del campo es muy especial”, afirma una maestra rural jubilada de la provincia de Entre Ríos. Asociado a una “forma de vida” (maestra rural mayor, ER), se relaciona a la “tranquilidad”, la “costumbre”, la “inocencia” (propietaria joven, SF).

“Mirá, yo siempre digo que la mejor gente que conocí fue en el campo. Extraordinaria. Los alumnos son absolutamente diferentes. Y pude comparar, porque después trabajé en Hernandarias y después trabajé acá –Paraná-. Entonces, se puede comparar. Y los chicos del campo tienen una virtud especialísima. Son tan sanos, son tan respetuosos. Son queribles, realmente. Los otros chicos también, pero éstos no están enviciados de nada, los chicos del campo.” (Maestra rural, mayor, ER)

Los “chicos del campo” son caracterizados como “sanos, respetuosos, queribles, virtuosos, trabajadores”, frente a un otro “absolutamente diferente” que es parte de lo “no dicho”: el chico de ciudad que estaría intrínsecamente “enviciado”.

“Lo que noto por ahí distinto con el resto de los chicos es el tema de la inocencia y la tranquilidad. O sea, yo me crié junto con mis hermanos y unos chiquitos que teníamos de vecinos, y estábamos

todo el día a las vueltas, o sea, sin preocupaciones, en patas y jugábamos en el barro y así. Cosas que acá perdí.” (Joven propietaria, SF)

La crianza desde la “inocencia” y la “tranquilidad” son características del campo; “cosas que acá perdí” dice la entrevistada, refiriéndose a la ciudad, que nuevamente aparece como el lugar de los vicios, la falta de inocencia, la intranquilidad.

Ahora bien, la niñez inocente también se asocia al trabajo, diferenciándose de la niñez en la ciudad. Cuenta la joven, hija de propietarios (SF):

“Bueno, eso es algo también que yo veo distinto, por ahí, con los chicos del pueblo: que, por ahí, mis amigos estaban todo el día en la casa boludeando y nosotros siempre algo teníamos que hacer. O sea, obvio, según cada familia, pero por ejemplo, casi siempre en Belgrano se levantaban todos a las 10 de la mañana, 11, los chicos. Nosotros eran las ocho y ya nos llamaban. Y estás a las vueltas y siempre algo para hacer hay.” (Propietaria joven, SF)

La maestra rural también distingue la niñez en el campo de la del pueblo, a través del trabajo, la vivencia y el conocimiento de “cuestiones de campo”:

“En realidad, los chicos me enseñaban a mí más de lo que yo les enseñaba a ellos en cuestiones de campo. Porque yo no era del campo. Nunca viví en zona de campo. Vivía en un pueblo. Conocía cosas y había estudiado, pero ellos te enseñan mucho más de lo que vos... Por lo que vivenciaban con sus papás. Ya te digo: tenían que trabajar con ellos.”

El trabajo en relación a los adultos deja de estar asociado a la inocencia o al juego, y se ata fuertemente a la idea de sacrificio: “*El que iba al campo, sabía que así era la historia*”, sostiene la maestra rural (ER); “*En el campo nunca se termina el trabajo*” afirma la propietaria joven (SF). Ahora bien, este trabajo entendido como sacrificio tiene que ver especialmente con el imaginario del trabajo en el campo en el pasado.

Las diferenciaciones internas de la identificación con el campo

Luego de este primer análisis de la identificación con el campo a través de su oposición a la ciudad, notamos que dentro de esa caracterización de la gente de campo, hay distinciones internas en relación a: la proveniencia de sus antepasados, su inscripción geográfica –según las provincias-, entre propietarios y trabajadores rurales, entre ingenieros y baqueanos en relación a los saberes, y entre los productores mismos –chicos o grandes; agricultores o ganaderos.

La primera diferenciación interna que veremos se relaciona con la herencia de los antepasados inmigrantes. Los llamados “colonos” se distinguían por su proveniencia. Veamos una diferenciación realizada por una maestra rural entre una colonia “alemana protestante” y una “italiana” y -podemos agregar, católica-.

“En esa colonia alemana toda la gente era laborante, muy laborante. Pero no con grandes expectativas de vida. Ellos como que se conformaban.” (Prestadora de servicios, mayor, ER) -En la colonia italiana, en cambio-: “Esa gente tenía unas ansias de progresar. Ellos trabajaban como trabajaban estos otros. Pero ellos tenían otro nivel de vida. Ellos aspiraban siempre a más. Era notable la diferencia. Y los chicos también eran así, muy curiosos. Que querían aprender, que querían... No parecían chicos del campo, realmente. Ninguno. Eran todos ellos, así con... Con otra postura frente a la vida. Yo no sé si tendrá que ver esto de que ellos sean de una colonia italiana, descendientes de italianos, y que éstos sean... No sé si tiene o no tiene que ver. O será que se contagia, porque era toda la comunidad igual. Y esta otra comunidad también. Y era llamativamente igual. Pero éstos eran con el trabajo, más tranquilos. Las casas, muchas con pisos de barro. Y no se les ocurría ponerles un contrapiso, por decirte. Sin embargo, vos ibas... Porque eso tenían en todas las casas. La gente de campo, toda igual: te invitaban a la casa. Yo creo que no dejé de ir a una casa. Porque a todas nos invitaban.”

Si bien ambas “comunidades” de “colonos” eran “laborantes”, “muy laborantes”, en el caso de los alemanes ella notaba un conformismo que se diferenciaba de la pujanza de la colonia italiana. Hay que destacar que ella se identificaba a sí misma como “alemana”.

El progreso, las aspiraciones, el nivel de vida, la curiosidad, entonces, no serían características de los “chicos del campo”, sobre todo de los descendientes alemanes. Los alumnos de la colonia italiana se presentan como la excepción: “*No parecían chicos del campo, realmente*”.

Las colonias son definidas como “comunidades”, cuyas similitudes son la actitud trabajadora y la cordialidad. Ahora bien, las características diferenciales, ligadas a una herencia identitaria según las naciones de las cuales provino la inmigración también se asocian a un “contagio”. Las metáforas biologicistas y esencialistas para pensar las identidades se presentan aquí para trazar una diferencia al interior de la gente de campo, cuyas comunidades, al tiempo que se distinguen, aparecen como internamente homogéneas. Aquí, la diferencia que las divide se relaciona al progreso material.

La inscripción geográfica del campo también cuenta para el trazado de diferencias. La joven hija de propietarios santafecinos diferencia a la gente de campo en Santa Fe y en Corrientes:

“Como que acá –en Santa Fe- ya la gente se fue al pueblo y le gustó más el trabajo que son ocho horas sí o sí y no tienen que hacer horas extra, a lo mejor, en campaña y no tienen que renegar y cobran lo mismo. Y bueno, también es todo un tema las familias que tienen chicos, para ir y venir de la escuela, que por ahí faltan a clase los días de barro. Por eso es como que duran más los chicos que son solteros que los que tienen familia, que a la larga se terminan cansando, se terminan yendo al pueblo o buscando otro trabajo que sea más cómodo para ellos.” -En cambio en Corrientes- “están acostumbrados”. “La gente por ahí cambia un poco allá, son más tranquilos, tienen su horario, su forma de trabajo, es distinto.” (Propietaria, joven, SF)

La diferencia se asienta en cuestiones de jornada laboral y de comodidad. Mientras en Santa Fe se apuntaría a reducir las horas de trabajo y a buscar una vida más confortable en las ciudades, en Corrientes, la “tranquilidad” supone quedarse a vivir en el campo. Tranquilidad y comodidad son aquí, a contrapelo del sentido común, antagónicas.

Otro entrevistado, propietario mayor de Santa Fe, marca la diferencia entre el santafecino y el entrerriano:

“El entrerriano se crió mucho más en el campo. Ellos tal vez tienen una generación menos que nosotros en lo que es campo. Yo porque nací, me crié en el campo y me gusta el campo y me volvería a vivir al campo. El entrerriano siguió viviendo siempre en el campo. Vos cuando des vueltas por Entre Ríos vas a ver que están todas las casas habitadas. Acá no quedó nadie. O sea, la generación anterior a nosotros se fue del campo, por ende los hijos, no volvió casi ninguno al campo (...) Cuando recorras Entre Ríos, las zonas más pobladas de Entre Ríos, vas a ver que también hay casas cada cuatro o cinco km y están habitadas y acá las desarmaron.” (Propietario mayor, SF)

Este problema de deshabitar el campo, sobre todo en la provincia de Santa Fe, se debe, según este mismo entrevistado, al reemplazo de la ganadería por la agricultura:

“La gente, al haber animal, la gente queda viviendo en el campo. Ya sea el propietario o un empleado, porque tienen que estar en contacto y ni que hablemos con el tambo. En la escala, si nosotros hubiésemos querido que el país no le falte gente para trabajar, era darle manija a las lecherías (...) Y al tambo después le sigue el transportista que todos los días viene a buscar la leche; la fábrica, que tiene que elaborarla, y me evito todos los problemas que estamos pregonando de agregarle valor a la producción.” (Propietario mayor, SF)

Ahora bien, aunque la ganadería supone el mayor valor de la producción por la necesidad de mano de obra, si contrastamos estos enunciados con el párrafo anterior notamos que la agricultura supone para el enunciador, paradójicamente, un “progreso” al cual los entrerrianos no llegaron aún, pues “tienen una generación menos que nosotros en lo que es campo”.

La diferencia entre agricultores y ganaderos “se lleva en la sangre”. Los segundos tienden a desaparecer y están obligados a convertirse en agricultores para sustentarse:

“Me gustan los animales, y muchos creen que el que se fue a agricultura es porque se fueron ciegamente atrás de la soja. Yo te llevo a la zona tambera, de Franck, San Gerónimo Norte, Esperanza, y los tipos que han dejado los tambos lloran, vos no sabés, el que es tambero es tambero y lo lleva en la sangre. Y tener que dejar un tambo... se le caen las lágrimas al tipo. No es que lo hizo soja, lo hizo soja porque no lo puede sustentar. Y antes yo trabajaba precisamente todo... prácticamente todo con ganadería y me demandaba mucha más mano de obra.”
(Propietario mayor, SF)

Otra diferencia se marca entre los pequeños y grandes propietarios. Por ejemplo, uno de los entrevistados –ingeniero- de Entre Ríos designa como “colonos” a los que poseen menos de 1.000 hectáreas y colonos grandes a los que superan esa cifra. La maestra rural entrerriana sostiene que “los colonos” han ido desapareciendo y que hoy existen “terratenientes”: *“Los pequeños colonos no están. No están o quedan muy pocos.”* (...) *“muchísima cantidad de territorio ya está en manos de poca gente”*. Esto se asocia en su discurso a la “invasión” de la soja: *“Toda nuestra zona fue invadida por la cuestión soja. Y por eso compraron todo a los colonos y quedan pocos con mucho. Porque están con todo el trabajo de la historia de la soja. Están ganando plata a raudales.”* Distingue entonces entre “el colono” y “la gente de la soja” que “gana plata a raudales” y “destruye la tierra”:

“El campo, el colono -yo digo “campo” y pienso en el colono- el colono siempre salió perdiendo con la historia del intermediario ése, del acopiador. (...) Yo creo que la gente de la soja es gente que no es... ni siquiera es del pueblo, mirá. Porque esas tierras no son de gente de ahí. Arrienda los campos para la soja. Ellos salen re beneficiados porque les pagan sin trabajar. Pero lo que no miden es que esa tierra, cuando se las devuelvan, van a estar totalmente destruidas. Digamos, están viviendo el hoy. Eso es lo que yo pienso. Toda esta historia, con esta historia de la soja se está viviendo el hoy.” (Prestadora de servicios, mayor, ER)

En la visión al respecto de un propietario mayor (SF), la diferencia se marca entre el propietario que vive en su campo, con su familia, que busca una producción sustentable,

equilibrada, y los que alquilan campo o los pooles de siembra que se dedican al monocultivo “cerrando los ojos”:

“Lo que pasa que, yo vivo sobre el campo, es mío propio, quisiera que sigan mi familia y por lo tanto yo trato de hacer una rotación, de mantenerlo al campo, o sea, que sea una producción sustentable. Eso me demanda una rotación. En rotación entraba el trigo, el maíz o sorgo y con la soja. Pasa que cuando no te cierran los números vos vas buscando la forma de conseguir un equilibrio. Hoy cualquiera de los que muchos de los que alquilan campo, incluso los pooles de siembra cierran los ojos y te siembran soja sola.” (Propietario mayor SF)

Otra es la distinción que realiza un trabajador rural mayor que diversifica la población interna del campo y marca una disputa entre los “patrones”, que diferencia de los “dueños”, y que denomina como “ingenieros”, cuyo conocimiento técnico, como en el caso del uso de los perros para el arreo del ganado, choca con los saberes del baqueano:

“hay una pulseada entre los patrones, entre la gente... Los patrones son, ¿cómo se puede decir? Son ingenieros... No son los dueños, dueños que andan. Sino que hay gente que no le gusta trabajar con perros, porque dice que lo pone muy nervioso al animal. Pero yo, en mi opinión, es que en el monte vos necesitás el perro. En lo limpio, capaz que no. Tienen razón, porque dicen que se pone muy nervioso el animal. Se altera mucho, pero, en el monte, para mí, hace falta el perro.” (Trabajador rural, mayor, ER)

Vemos así que el trazado de las diferenciaciones internas supone disputas o luchas por el sentido. La identidad del “campo” se fisura y se desmiembra en distintas designaciones, como agricultores, ganaderos, grandes o pequeños productores, colonos –alemanes o italianos, pooles de siembra, dueños, ingenieros, patrones, terratenientes.

La dimensión melancólica en los discursos en torno al “campo”

Las representaciones se ligan a una dimensión afectiva que será a su vez base de la subjetividad. De aquí que en los procesos de identificación política, por ejemplo, el afecto

pueda ser vivenciado como la experiencia de ser 'afectado' ante determinado acontecimiento, como puede ser concebido el "Conflicto del campo". La noción de *vivencia* por tanto es fundamental para comprender la demarcación entre quiénes se pueden ver afectados y quienes no:

"Es una vida que... Uno la vivió. Sabe lo que es. Y hoy en día... Hay cosas que están mal. Uno las ve mal y sigue todo igual ¿viste? Pero hay cosas que se podrían acomodar... pero bueno..."

(Trabajador rural, mayor, ER)

En este plano observamos una dificultad para nombrar 'el afecto' –como parte de lo no dicho- como así también, reconocerlo en el plano del discurso: "los afectos escapan a cualquier representación fija, se manifiestan repentinamente, irrumpiendo. El afecto difícilmente se deja decir y buscamos una nominación que es también una interpretación para aprehender su cualidad, su origen y su destino" (René Kaës, 2011).

La construcción social de la subjetividad como un proceso de nominación-interpretación en la que los sujetos, mediante las formaciones imaginarias e ideológicas se ubican ante sí y ante los otros, organizando sus vivencias y produciendo representaciones y subjetividad. Con el propósito de considerar la dimensión afectiva como constitutiva de los procesos sociales de identificación, utilizaremos el concepto de melancolía (Freud, 1917) entendido como una huella de la afectividad a partir de la cual se entraman formaciones discursivas, ideológicas e imaginarias en el marco de las identificaciones culturales y políticas.

La melancolía es considerada por Freud a partir de su comparación con el duelo. Si bien para el autor ambas manifestaciones comparten expresiones, mientras que el duelo se concibe en el plano de la normalidad –aun cuando implique cambios en la 'conducta normal'- y bajo una característica temporal de tipo pasajera, la melancolía se inscribe en un plano temporal extenso, y con costos psíquicos específicos como la cesación de

interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de las funciones y la pérdida de amor propio (Freud, 1976: 242).

Cabe aclarar que no nos detendremos en las reflexiones freudianas para una clínica psicoanalítica, ni tampoco en un análisis fundado en las alteraciones, modificaciones, consecuencias psíquicas en relación al duelo o la melancolía. Lo que nos interesa es analizar formaciones discursivas a partir de la noción de melancolía como indicio de las formaciones imaginarias en los procesos de identificación política y en relación a la dimensión afectiva.

La melancolía supone una pérdida, pero a diferencia del duelo, ésta es de naturaleza más ideal. Existe un vínculo estrecho con el pasado, en el cual la distinción pasa a ser delimitada por aquello que ya no es y que aun no pudiendo pronunciarse, se encuentra presente. La relación con el objeto siempre es afectiva, es decir, invadida por la pena, la tristeza, la nostalgia, la rabia, la alegría etc. –como modo usual de nombrar los afectos y transformarlos en sentimientos-, por eso Freud apunta a la pérdida del objeto amado, sin necesariamente referirse a una “relación sentimental amorosa” sino por ejemplo, a la patria, la libertad, el ideal.

La nostalgia, puede ser considerada en este plano como una manifestación, particularmente marcada en relación al “trabajo de campo” –como uno de los aspectos fundamentales que hace a la identidad del sujeto de campo:

“Sí, contra lo que debería ser hoy con una mejor educación y todo así, eh, lo que falta es la vocación de trabajo, que la persona quiera trabajar, o sea, quiera, quiera aprender, vos decirle hacé esto y lo quiera hacer bien. Eh, antes era mucho más responsable la gente que vos ponías, vos le dabas un trabajo y lo sentía propio, viste, con responsabilidad.” (Propietario, Mayor, SF)

El trabajador de campo, se caracteriza por “poner el cuerpo”. En distintas entrevistas se ve la construcción discursiva e imaginaria de un pasado en que el trabajo se asocia a la

idea de responsabilidad, “sentido como propio”, enaltecido a través de la idea de sacrificio:

“Por ejemplo, en época de cosecha no hay horarios, volvés a las 10, 11 de la noche, estás todo el día en el campo –trabajás, comés...- o sea, es todo un sacrificio que hay que hacer. Pero bueno, es una época, que es la época fuerte de campaña, y después ya vuelve a ser un trabajo más normal, más tranquilo.”

Sin embargo, el trabajo como aspecto constitutivo de la identidad cambia con la irrupción tecnológica, por la demanda mucho menor de mano de obra. La mirada del peón entrerriano al respecto:

“Cada vez se ocupa menos gente. Hoy en día, para manejar una máquina, tenés que tener algo de estudio, algo de conocimiento. Viste que hasta un tractor te viene con computadora (...) Está todo adelantado. Cada vez se ocupa menos gente, mano de obra. Viene un tipo con una máquina, tenés el maquinista y tenés, ponele, dos tordistas. Antes capaz que había para esa máquina, tractores mucho más chicos. Tenías que tener esa máquina, una máquina mucho más chica, que tardaba mucho más tiempo.” (Trabajador rural, mayor, ER)

El trabajo se relaciona hoy con el conocimiento técnico, ingenieril. Así, el trabajo del peón en el pasado aparece en su discurso como desprovisto de conocimiento.

Una de las diferencias fundamentales que establece Freud en la delimitación entre duelo y melancolía es la relación con el objeto perdido. Mientras que en el duelo hay un reconocimiento consciente de esa pérdida; en la melancolía no se la logra avizorar, en la medida en que tampoco se concibe la pérdida como tal. El sujeto no logra distinguir claramente qué es lo que se ha disipado, se trata de una ‘pérdida desconocida’ que permanece como ‘herida abierta’ y que mantiene mediante la libido una relación estrecha. Se trataría, por tanto, de una relación afectiva que se actualiza mediante recuerdos, relatos. La anécdota y la tradición adquirirán en estas narrativas un lugar protagónico, en relación a un vínculo particular con “el campo” y su mediación afectiva:

“O sea, no éramos mucho de los juguetes. Jugábamos siempre a la casita, hacíamos cositas con barro o cositas así. Y bueno, ya cuando éramos más grandes hacíamos fuego y hacíamos artesanías y las cocinábamos y después, en mi casa hay una laguna y hacíamos, por ejemplo una balsa, y era todos los veranos a ver quién tenía la balsa que iba hasta más adentro y que flotaba mejor, era una competencia”. (Propietaria, joven, SF)

Lo cotidiano, las pequeñas anécdotas, forman parte de las particularidades o diferencias de vivir en el campo. El lugar del placer, manifiesta, en este fragmento, la relación afectiva con el objeto, en términos freudianos:

“Muchas víboras había. Muchas víboras. Entonces, para los alumnos era un placer... Víboras y lauchas. Un placer absoluto. Entonces, una vez se metió una rata. No era laucha, una rata era. Se metió... Estaba en el aula, estaría ya en el aula. Nosotros estábamos dando clases y por ahí la vimos pasar. Yo, dando clases, la veo. Y me subo arriba del escritorio y todos... Pero del susto: yo le tengo terror a las ratas. No porque hagan nada, pero me causa impresión. Y las mujercitas también se subieron a sus bancos. Y los varones, a atrapar la rata.” (Prestadora de servicios, mayor, ER)

Freud, retomando la conceptualización de melancolía, es claro cuando detalla que no es la pérdida del objeto lo que hace al melancólico, sino más bien una pérdida de sí, una afectación que incluye la ambivalencia: “Por eso la melancolía puede surgir en una gama más vasta de ocasiones que el duelo, que por regla general sólo es desencadenado por la pérdida real, la muerte del objeto” (Freud, 1976: 253). Esto permite a explicar algunas contradicciones, que pueden ser tomadas en los términos de la ambivalencia que muchos sujetos tienen en relación a ciertas nostalgias y el vínculo con el presente. En esta dirección, si bien muchos de los entrevistados se posicionan en el discurso desde un lugar marcado por la nostalgia, de melancolía hacia un presente que ya no es el mismo, también notamos cierta resistencia a volver a esas condiciones de antaño. La ambivalencia, tiñe en este plano, el relato. Por un lado, las identificaciones con el “trabajo

de campo” o la “vida en el campo” se ligan a prácticas de antaño (en relación al trabajo, a los modos de hacerlo, al estudio, a las formas de sociabilidad y fraternidad, a los juegos, entretenimientos y tradiciones, por ejemplo), sin embargo son lugares a los que no se quiere volver, no se puede volver o simplemente, ya no existen.

“Era dejar lo tuyo y meterte en un mundo distinto que... Bueno, yo el mugido de las vacas es una cosa que no las puedo escuchar más. Te juro. La gran desolación que yo sentía a las seis, seis y media de la tarde, cuando se ponía el sol. Vos decís: “Yo, ¿qué hago acá? No es mi lugar en el mundo”, ¿viste? Pero, a su vez, era mi lugar porque yo estaba feliz con esos chicos. Mi trabajo me encantaba, pero es el desarraigo, ¿viste?” (Prestadora de servicios, mayor, ER)”

En cuanto al trabajo, mientras se reclama la falta de personas que quieran trabajar en el campo, aparece un relato del trabajo actual basado en la tecnologización, que ha implicado una merma de trabajadores.

“No, no, lo que renegás con el personal. Hoy el campo no consigue gente para trabajar de ningún tipo. Entonces le digo, estamos mirando, pero ya hace 2 o 3 años que estamos mirando si aparece alguien y no encontrás gente...” (Propietario, mayor, SF)

Y en párrafos posteriores relata cómo en la agricultura –actividad que prevalece en la provincia de Santa Fe- ya sea por los avances en la técnica o por la actividad misma, se requiere menos personal que antaño, con la ganadería.

“Si vos supieras... eh, a mí lo que me da bronca suponete, yo nací en el momento que yo tenía 100% de ganadería, la llevaba con otro personal, el mismo que sigue trabajando conmigo y trabajaba todos los días, porque la hacienda te demanda todos los días, todos los días vos tenés algo que hacer. Cuando yo paso a hacer agricultura, incorporo hacer rollos para darle trabajo al personal que tenía, me sobra el tiempo, entonces vas eliminando mano de obra.” (Propietario, mayor, SF)

Encontramos diversas ambivalencias como seguir entendiendo el trabajo como sacrificio a la par de la tecnologización, la nostalgia de un pasado al que se decide no regresar, en el caso de la maestra rural que no volvería a vivir al campo, la valoración del saber “vivencial” del peón de campo y luego su propia desvalorización como conocimiento frente al del ingeniero. Este tipo de ambivalencias asentadas en formaciones imaginarias del pasado que persisten en los procesos identificatorios actuales, son sostenidas en una dimensión afectiva y en formaciones ideológicas que operan naturalizando y esencializando estas identificaciones.

Finalmente, quisiéramos mencionar el carácter dinámico de la dimensión afectiva de la subjetividad, representado en este caso, a partir de la noción de melancolía. Ésta, funciona en las identificaciones políticas, en su relación con la nostalgia, caracterizada por la relación presente con un “objeto” de un pasado que no se sabe como perdido. Es así, que los sujetos continúan identificándose con un imaginario melancólico del pasado que es una representación ideológica en la medida que se incorpora como esencia.

En la identificación política y cultural con “el campo” media una dimensión afectiva sostenida por formaciones imaginarias que implica posiciones de sujeto, frente a otro del cual se distingue. Pero a la vez, esta identificación, como vimos, se compone por diversas posiciones de sujeto que disputan el sentido del “campo”, con el trabajo, los saberes, las vivencias, cuya dimensión afectiva se vislumbra en relación con la nostalgia de un pasado que pervive en los discursos actuales. En esta operación imaginaria de un pasado que se actualiza y que ideológicamente se naturaliza como presente, se instituye un sujeto político que cobró publicidad a partir del conflicto de 2008 como “la gente de campo”.

Bibliografía

CALETTI, S. (2009) “*Política, sujetos y comunicación: un acercamiento a la escena pública contemporánea*”. Documento de Trabajo. PI N° 3098, FCE, UNER.

FOUCAULT, M. (1971). *El orden del discurso*. Tusquets, Buenos Aires, 1992.

FOUCAULT, Michel (1976). *Historia de la sexualidad. I La voluntad de saber*. Madrid, Siglo XXI, 2008.

FREUD, S. “Duelo y melancolía” (1917) en *Obras Completas*, Tomo XIV, Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1976.

KAËS R. (2011) “El afecto y las identificaciones afectivas en los grupos” En *El Psicoanalítico*. Publicación de psicoanálisis, sociedad, subjetividad y arte. N° 5 Disponible en: <http://www.elpsicoanalitico.com.ar/num5/autores-kaes-intersubjetividad-afectos-psicodrama-1.php> [02/04/2013]

PECHEUX, M. (1978) *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.

PECHEUX, M. (1994). “El mecanismo del reconocimiento ideológico”, en Žižek, S. (comp.). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008.